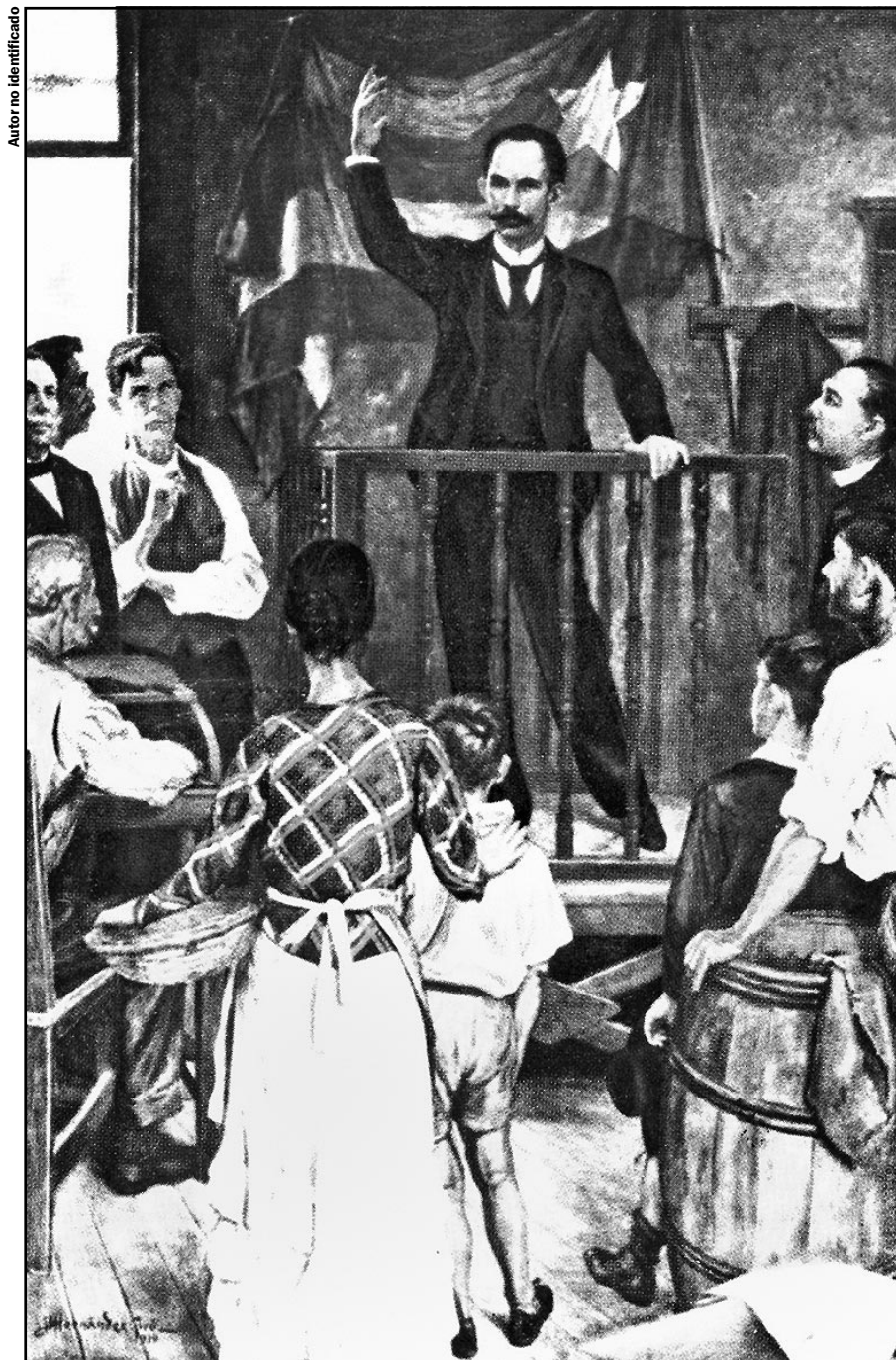


1898 y el proyecto de José Martí

La intervención con que los Estados Unidos frustraron la independencia de Cuba no fue un hecho fortuito

Por **LUIS TOLEDO SANDE***



En la tribuna, en la prensa y por todos los medios a su alcance, se pronunció Martí contra las pretensiones estadounidenses de unificar a los pueblos de la América Latina por medio de la economía.

UNO de los asuntos básicos en que se afirma la centralidad de José Martí para Cuba radica en su visión sobre los Estados Unidos. Ayuda a entender que el llamado diferendo entre estos países no es un conflicto bilateral isométrico, ni brotó de la reacción de la potencia imperialista contra la Revolución que desde su triunfo en 1959 tropezaría con las ambiciones de la nación nortea.

Felizmente, parecen haber quedado atrás ciertas tesis inciertas, ni leninistas ni martianas, según las cuales Martí no podía ser antimperialista, porque, en su tiempo, no estaba del todo formada la realidad que Vladimir Ilich Lenin estudió en su libro clásico *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, de 1917. Pero Martí no esperaba a que otros hallaran las respuestas que él necesitaba.

Su lucidez sobre la gestación del imperialismo tuvo una base decisiva en la radicalidad anticolonialista por la que, desde su temprana juventud, repudió la actitud de los Estados Unidos hacia la independencia de Cuba. Luego dispondría de su conocimiento directo —en particular desde Nueva York, donde vivió cerca de 15 años— de aquella nación y sus nexos con el mundo. Con lo allí observado profundizaría cada vez más en una historia que abarcaba el despojo a México de más de la mitad de su territorio. El país que en la lucha por su independencia recibió apoyo de diferentes pueblos —entre ellos el de Cuba—, despreciaría la independencia de otros.

Redactor de la *Declaración de independencia* de los Estados Unidos, tempranamente Thomas Jefferson expresó, en 1805, el deseo de apoderarse de Cuba, y en 1820, cuando ya presidía la potencia en gestación, instruyó a su secretario de Guerra adelantar las medidas necesarias para conseguirlo. Desde su primera juventud Martí acumuló una información que

no cabe menospreciar. En el supuesto caso de que no conociera concretamente los designios de Jefferson, no ignoraba la orientación dominante en aquel país.

En 1871, año en que llegó como desterrado a Madrid, no solamente se refirió a las diferencias de idiosincrasia y cultura entre aquella nación y –más que Cuba en particular– los pueblos de la que luego él llamaría nuestra América: “Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento. –Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad”. También anotó: “ellos vendían mientras nosotros llorábamos”, lo cual remite al hecho de que los Estados Unidos ignoraron la gesta de Cuba por su independencia y siguieron comerciando con España, vendiéndole pertrechos.

Luego su visión la enriqueció el peregrinar que siguió por países de la América Latina y el Caribe, y por los propios Estados Unidos. En 1883 –un ejemplo– señaló las falacias de la reciprocidad comercial ofrecida por esa nación a México: era parte de una táctica que se ampliaría con el Congreso Internacional celebrado en Washington entre los meses finales de 1889 y los primeros de 1890, obra del Departamento de Estado de la nación sede.

Contra ese foro –que pretendía unir a los pueblos de la América Latina por medio de la economía y, de ese modo, también en política– se pronunció Martí en la prensa, en la tribuna, en cartas y por todos los medios a su alcance. Escrutó en especial lo que significaba para Cuba, todavía colonia, y a Gonzalo de Quesada Aróstegui, colaborador suyo –y, algo a lo que tal vez Martí mismo contribuyó, secretario de la delegación argentina, opuesta a las pretensiones del Congreso–, le hizo claras advertencias al respecto.

En carta del 29 de octubre de 1889 le habló del peligro de que la voraz nación, maniobrando con “sus propósitos, confesos o tácitos”, lograra que España saliera de la Isla, para ellos sustituirla: “Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella?”, se pregunta Martí. Si no se hacía bien, hasta la contienda contra el colonialismo español podía facilitarle las cosas al codicioso vecino, que tenía de su lado la complicidad de anexionistas y desplazaba cada vez más a España en el mercado cubano.

Al propio Quesada le escribe Martí el 14 de diciembre del mismo año, y le

advierte lo que se urde contra Cuba mientras se celebra el Congreso: “Sobre nuestra tierra, Gonzalo, hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos, y es el inicio de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra, –para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres: Ni maldad más fría”. Aún Cuba no había logrado la independencia, y podía tener reservado un lugar fatídico en los planes estadounidenses de “ensayar en pueblos libres su sistema de colonización”, como lo definió Martí en su crónica acerca del Congreso fechada el 2 de noviembre de 1889.

Consumación

Martí era consciente de que no encabraba hechos aislados, sino la orientación sistémica de una voraz potencia en desarrollo. La intervención de esta en Cuba tendría implicaciones planetarias, y para impedir la procuraba él que la guerra de liberación fuera “breve y directa como el rayo”, para no dar al agresivo poderío norteno ni tiempo ni ocasión para frustrarla.

De su certeza sobre la posible injerencia imperialista recibió, en campaña, una confirmación concreta más. Por su carta póstuma a Manuel Mercado se sabe que el corresponsal de *The New York Herald* le había contado de la entrevista en que el militar y político español Arsenio Martínez Campos le expresó que, antes que aceptar la victoria de Cuba, España se entendería con los Estados Unidos. Fue lo que ocurrió el 10 de diciembre de 1898 en el Tratado de París, componenda capitalizada por los Estados Unidos.

En carta del 25 de marzo de 1895, ya en tránsito por tierras de las Antillas hacia Cuba para ocupar su lugar en la guerra, Martí le expresa al amigo dominicano Federico Henríquez y Carvajal, con particular claridad, una idea que venía redondeando claramente de años atrás: “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”.

Urgía impedir que los Estados Unidos alcanzaran la hegemonía que buscaban. De ahí que, en la víspera de su muerte en combate, Martí le confesara a Mercado que *todo cuanto había hecho, y haría*, era para cumplir el que, aún con el Ejército español

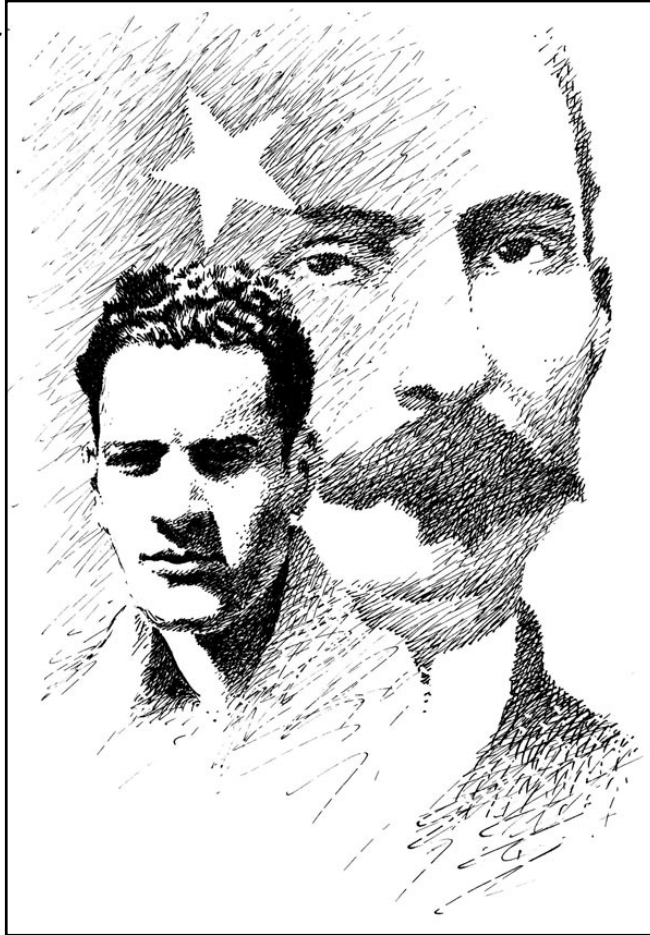


Con Puerto Rico presente en su proyecto, afirmó en *Patria* (1894): “Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son solo dos islas las que vamos a libertar”.

enfrente, consideraba *su deber*: “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.

El 17 de abril de 1894 había publicado, en *Patria*, *El tercer año del Partido Revolucionario Cubano*, donde –con Puerto Rico presente en su proyecto– afirmó: “Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son solo dos islas las que vamos a libertar”. Se explica la certidumbre de su perspectiva: “Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos”. A eso, desde la pasión revolucionaria y sin vanidad personal, se refiere en su citada carta al amigo dominicano –“Yo alzaré el mundo”, le dice–, y, de distintos modos, en el *Manifiesto de Montecristi*, que, también fechado el 25 de marzo de 1895, fue el primer programa público de la guerra iniciada el 24 de febrero anterior.

Concepciones eurocéntricas, incluso bien intencionadas, ubicarían el inicio simbólico del siglo XX en la Primera Guerra Mundial. Pero lo que esta hizo fue intensificar en mayor escala los replanteamientos geopolíticos desatados en el mundo moderno con la que Lenin calificó como la primera guerra imperialista: la de los Estados Unidos en 1898



En 1927 Mella adelantó glosas del libro en que quería presentar al verdadero Martí, no al que los poderosos procuraban despojar de su condición revolucionaria.

contra España, y de hecho, o fundamentalmente, contra Cuba, a la que se le negó representación en el Tratado de París y cuyos derechos en general se ignoraron.

El pensamiento positivista podrá dictaminar que el propósito martiano de frenar a los Estados Unidos era un imposible histórico. Pero gracias a ese “imposible” se aseguró, más que la posibilidad, la realidad de una Cuba futura independiente. En fecha cercana, alguien deseoso de avalar solamente metas basadas en cálculos pragmáticos de factibilidad inmediata, le endosó a Martí la idea de que “la política es el arte de lo posible”. Esa es una máxima que se le ha atribuido a pensadores diversos, de Aristóteles para acá: dígame Maquiavelo, Bismarck o Churchill, tan distantes todos de Martí, cuya política, basada en la ética, no cabe en semejante frase.

Frustraciones

Se ha discutido si Cuba tenía la posibilidad de ganarle la guerra a España en 1898, y no ha faltado la perspectiva –incluso de cierta lla-

mada izquierda española– según la cual no solo no podía ganarla, sino que debió haberse mantenido como parte de España. Ni hablar de los ilusos que han deseado su anexión a los Estados Unidos. Pero si algo habla de la posibilidad de que Cuba derrotase a España es la acometida de los Estados Unidos –cumpliendo planes para los cuales el hundimiento del *Maine*, cualquiera que haya sido la causa, resultó un hecho anecdótico, mero pretexto– para impedir la victoria cubana, desconociendo el papel decisivo de las tropas mambisas en la terminación del conflicto armado.

Si en 1829 Simón Bolívar dictaminó que los Estados Unidos parecían “destinados por la providencia para plagar la América de miseria en nombre de la libertad”, los sucesos de 1898 certificaron el acierto de El Libertador, y más. El fortalecimiento del poder imperialista no afectó solo a esta región, sino al mundo todo, donde resulta cada vez más ostensible el deshonor que los Estados Unidos cosechan con sus actos de barbarie y genocidio.

En cuanto a Cuba, la potencia que de distintos modos aún sigue agrediendo, en el mismo camino en que no reconoció ni en el 68 ni en el 95 las instituciones que la representaban en sus luchas por la independencia, en 1898 escamoteó la victoria del Ejército Libertador y luego propició que se desmovilizara, para implantar una República neocolonial, Enmienda Platt mediante.

Pero la frustración impuesta desde 1898 no lesionó solo a Cuba y otras víctimas directas de la expansión imperialista, como Puerto Rico y Filipinas. Se extendió también a España, donde se acuñó una frase que hoy perdura: “Más se perdió en Cuba”. En realidad, para la vieja y derrotada metrópoli se agravó una decadencia que venía de antes y fue testimoniada por la generación que recibió como nombre, precisamente, *el del 98*.

Ímpetus de emancipación

La objetividad y el peso del proyecto de Martí lo probaría su inagotable presencia en el pensamiento revolucionario cubano, y más allá de este. Seguidores suyos que estuvieron junto a él, y otros venidos luego, se mantuvieron fieles a su ideario como vía para salvar a Cuba del dominio foráneo y de la descomposición interna que bajo él se entronizó.

Un ejemplo de ello –entre muchos citables– es el artículo *Resucita, Martí*, incluido por el periodista Julio César Gandarilla en su libro *Contra el yanqui*, de 1913. Otro, mucho más influyente, lo encarnó Julio Antonio Mella, quien en 1925 tuvo a su lado en la fundación del primer partido marxista cubano a Carlos Baliño –uno de los que siguieron a Martí en vida–, y en 1927 adelantó glosas del libro en que quería presentar al verdadero Martí, no al que los poderosos procuraban despojar de su condición revolucionaria.

Añádase, sin afán exhaustivo, la generación que, guiada por Fidel Castro, se identificó con el centenario martiano, y en la estela de este inició la etapa de luchas que condujeron al triunfo de 1959 y a la edificación de una nueva Cuba. La historia no cabe en unas pocas líneas, por muy felices que sean, pero mucho dijo en estos versos Nicolás Guillén del logro que el imperialismo no le perdona a Cuba: “Te lo prometió Martí / y Fidel te lo cumplió”.

*Doctor en Ciencias Filológicas.